

No es culpable el asesino sino el asesinado.

Proverbio albanés

1

“El día que cambió la Historia”

Cuando amaneció aquél jueves de mayo en la ciudad de Buenos Aires nada pareció augurar que sería una jornada extraordinaria. Un espectador habitual o un mero testigo no hubiera podido diferenciar esa mañana de cualquier otra, y sin embargo, había algo indescriptible en el ambiente, un velo sin nombre ni forma que aún no terminaba de descorrerse, algo tan leve y sutil que ninguna mente preparada o algún instinto entrenado pudiera haber acertado a captar pero que a pesar de ello la naturaleza supo traducir en cierto rumor de nubes y en esa suave tonalidad con que las fachadas de casas y edificios comenzaron a ser iluminadas por aquél tímido sol otoñal que apenas obsequiaba su vocación de aparecer.

Corría el año 2021, y los noticieros propagaron aquella mañana alguna que otra información de relativo interés. Desde el alba los minutos habían comenzado su usual y veloz tarea de interponerse entre peatones y vehículos, entre trabajadores y estudiantes, entre madrugadores y rezagados, pero a media mañana su urgencia pareció aplacarse, como si con aquella actitud hubiesen querido demorar la serie de sucesos que más tarde habría de desenvolverse.

Ya era cercana la hora décima de aquél día cuando el ex presidente de la República y entonces senador Carlos Saúl Menem salió del Palacio de Justicia luego de declarar como imputado en una de las causas en las que todavía se hallaba procesado. A pesar de la gravedad de los cargos que se le imputaban la reunión que mantuvo con el juez apenas había durado algo más de una hora y, según se comentó posteriormente, había sido un encuentro, en cierta medida, relajado y hasta cordial.

Al salir del despacho oficial y ganar la calle el funcionario mostró un atisbo de sonrisa complaciente y se permitió una actitud distendida. Estaba junto a su letrado patrocinante, quien había previsto un horizonte más o menos tormentoso en el desarrollo de la causa judicial ya que en cualquier momento la participación de su defendido podría haber quedado tan seriamente comprometida que había estimado muy posible un fallo condenatorio.

Cuando llegaron a la explanada del ingreso principal la docena de reporteros que lo aguardaban rodearon al legislador sin contemplaciones. Para esa época de su vida Carlos Saúl Menem había visto eclipsar su estrella política, y no eran muchas las oportunidades francas que tenía para enfrentarse a los periodistas con el semblante despreocupado y algún sesgo de buen humor. Todo pareció indicar que aquella sería otra conferencia de prensa más, apenas un trámite en una larga historia que ya había perdido la cuenta de sus apariciones.

Pero habían transcurrido escasos minutos cuando sucedió lo impensado: desde uno de los costados del senador se acercó un sujeto que, abriéndose paso con dificultad y a la sola mención de su apellido, elevó un revólver y disparó sobre aquél, quien cayó de inmediato sobre su lado opuesto con el rostro ensangrentado. Se generó entonces un caos absoluto. Al primer instante de conmoción le siguió una dispersión generalizada que no impidió que el atacante descerrajara otro disparo sobre el cuerpo desfalleciente.

A partir de ese momento la realidad pareció desdoblarse en dos episodios que apenas mantuvieron algún difuso punto de contacto: por un lado, la escena siniestra, el hecho desmedido, la vocación desestabilizadora en donde la víctima yacía rodeada de manos urgentes y gritos desesperados. Por el otro, el atacante reducido, cuya extrema pasividad luego de los disparos había permitido que fuese inmovilizado fácilmente.

El senador fue trasladado de inmediato al edificio del cual había salido poco antes. Su abogado había tomado sus brazos desde las muñecas y alguien más había hecho lo propio con las piernas, en un recorrido que en todo momento fue filmado por las cámaras y transmitido en vivo hacia todo el país. Fue un sendero de sangre y consternación del que nadie permaneció ajeno.

Una vez dentro del recinto todo ocurrió en escasos segundos. Los improvisados auxiliares llevaron al herido hacia una sala adonde una voz anónima los había dirigido, y a partir de ese momento el testimonio audiovisual se interrumpió y lo que ocurrió luego tan sólo pudo ser relatado a través de lo que los testigos presenciales comentaron con posterioridad. Viéndose limitados en sus movimientos muchos de los periodistas debieron retroceder hacia la calle, en donde intentaron reencontrarse con el atacante, pero hallaron la escena vacía ya que el agresor había sido prontamente trasladado hacia la comisaría más cercana.

Aquél día sería recordado por todos los argentinos y argentinas y se transformaría, con el correr de los años, en tragedia, símbolo y mito. A partir de aquella mañana, cada uno de nosotros recordaría en dónde se encontraba, qué estaba haciendo, o de qué manera se había enterado del suceso, y no nos cansaríamos de repetir la historia una y mil veces, como había sucedido en la memoria colectiva con la muerte de Evita, el asesinato de Kennedy o el derrumbe de las Torres Gemelas en Nueva York.

Difícilmente algún testigo del hecho pudo convencerse en ese momento de que había sido partícipe de un evento que figuraría en los libros de Historia nacional y que provocaría una serie de cambios sociales y políticos que afectaría a generaciones enteras. Difícilmente alguien en ese momento hubiera podido creer que una violencia de escasos segundos pudiera provocar un golpe de timón en las anquilosadas estructuras sobre las que se sustentaba la Nación Argentina. Difícilmente también, alguien hubiera podido sospechar que el herido sobreviviría a semejante atentado. Y la realidad, en ese sentido, fue contundente. No pasó mucho tiempo para que se confirmara el rumor: el ex presidente había sido asesinado.